

Lección segunda

## HIGIENE Y SANIDAD MUNICIPALES

POR DON RAFAEL LARUMBE

DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGIA

El oficio de médico era, como sabéis, en la antigüedad, oficio de esclavo. Así, se llamó antes *terapeuta* al médico y terapéutica al arte de aplicar medicamentos, y nos decía nuestro catedrático en San Carlos, que esta palabra significaba en griego, criado de servir o servir de criado.

Y esclavos tenían los señores que «curaban» sus dolencias; terapeutas o criados de servir fueron mucho después los médicos llenos de silogismos con premisas, tesis y conclusiones probando la consecuencia, en libros pseudo filosóficos sin gota de ciencia ni chispa de fundamento,

Criados, siguieron siendo mas tarde, vistiendo—como los camareros de hoy—, de etiqueta para servir a señores; Ciencia falsa que necesitó vestir levitas y chaquets, cara seria, entrecejo contrariado y luenga barba para aparentar sabiduría. Y aun hoy, señores, en nuestro país ¡hay muchos terapeutas! Curándome

en salud, os salgo al paso haciendo constar que los médicos de hoy tienden a hacer lo que yo; sólo usan la levita para alguna ceremonia y ponen la cara tiesa para asistir a algún entierro.

¿No os parece bien que desterremos (antes que los *profanos* se den cuenta) las luengas barbas, los trajes de serio doctor; la actitud de intensa reconcentración, la orden terminante, los pronósticos reservados, la rutina de tomar el pulso y mirar. la lengua, con el aditamento de tomar la temperatura (sin motivo) y la obligada recetita final para justificar nuestra visita?

¿No veis claro que hoy nuestra ciencia no debe hacer esa terapéutica? Un abogado no receta y a nadie se le ocurre decir que ha sido inútil su consulta.

Estoy firmemente convencido de que una dieta alimenticia vale mil veces más que un plan farmacológico y vosotros también lo estáis; pero de ello hay que convencer a las gentes.

Antes los médicos eran esclavos que sin ton ni son aplicaban cataplasmas, ungüentos, pociones y remedios fantásticos. Hoy creemos en la terapéutica de la Higiene; el sol, el agua, el aire, el ejercicio, prohibiendo los venenos, los excesos; proscribiendo la vida excesivamente activa del sistema nervioso del hombre y de vez en cuando, solo de vez en cuando... la receta.

Y vais a dispensarme toda esta digresión. Quería decir que el terapeuta criado de servir, ha llegado a ser el personaje más importante de la sociedad; que ésta aún le tiene por tal, y que el médico todavía soporta su papel de esclavo.

He aquí, la base fundamental para que en los Municipios vascos haya más higiene y salubridad. Quítese al médico el carácter de criado del cacique y désele voz y voto, *voto de calidad*.

Afortunadamente en. los médicos vascos hay ciencia, hay patriotismo y por tanto muy buena voluntad. No hablemos de su abnegación ni de su desinterés.

Y termino: más que prólogo, debieran ser resumen estas líneas. Si el país vasco quiere ser más sano y ofrendar aún más a la *diosa higiene*, dé al médico poderío de amo, no servilismo de ilota.

---

Nada esperéis nuevo ni intrincado en esta pobre y vulgar lección, pues ni puedo enseñaros, ni tengo interés en parecer ni medianamente culto, con citas fáciles de obtener en diccionarios, o en libros de los que a menudo echan mano los eruditos a la violeta; menos recurrir a estadísticas donde con frecuencia se falta a la verdad por conveniencias del momento.

Hay, en todos los órdenes del saber, un desprecio excesivo por lo elemental, por todo lo fácil, lo que se dice de sentido común, que hace que, pasando como sobre ascuas por ello, se tienda a enfocar lo intrincado, lo difícil sin, claro es, lograrlo de un manera clara por carecer de base.

Así nos enseñan de muchachos la trigonometría, cuando aun no tenemos una idea clara de las operaciones fundamentales de la Aritmética; y así el médico sale de la Universidad, creyendo saber practicar una operación cesárea, sin saber diagnosticar con seguridad una presentación en un parto normal.

En esto he basado mi norma de conducta al tener el inmerecido honor de ocupar este sitio. Sólo una ventaja puedo anunciaros: he de ser muy breve; las dos cosas que pienso decir las sabéis todos, pero ¿no os parece que es mejor que hablemos de cosas sencillas y dejemos las difíciles para cuando aquellas tengan realidad en el terreno de la práctica, y alguien más autorizado que yo os las pueda exponer?

Atraviesa, señores nuestra Ciencia un período de transformación tal que me atrevería a decir que la medicina se ha investido con la toga de ciencia de *verdad* hace medio siglo escaso. Los hombres que a nuestra anterior generación pertenecieron y los de la nuestra han puesto, si no la primera piedra de las ciencias médicas, sí consolidado sus cimientos, con una masa hecha con las conquistas de higiene, fuertes verdades de parasitología, salpicada y coloreada, con lo que el vulgo cree alo único positivo, de nuestro saber: la Cirujía aprovechanta muy útil, sí, pero quizá la menos científica de sus hermanas.

Pero aun hay otra labor que nuestros padres comenzaron y nosotros debemos continuar. Para que estas piedras ocupen su

lugar es necesario arrancar otras muy firmes, durísimas y tan pegadas y por tan dura masa que golpe por golpe y con muchísima paciencia conseguiremos pulverizarlas. El prejuicio, la sentencia, la superstición, el remedio fantástico, el amuleto, todo el empirismo, en fin, no creáis que patrimonio de pueblos salvajes, sino de gente que se dice civilizada, es difícilísimo pulverizar; como que esta amasado con estulticia e ignorancia. Ved libros de medicina de hace un siglo y os parecerá imposible el modo con que aquellos médicos tenían que hacer que hacían. ¡Que ya es labor difícil!

Va quedando pues, dueña de nuestra Ciencia, la que da reglas para evitar enfermedades; le sigue en importancia la que combate al enemigo, buscándolo en los tubos de ensayo y en la platina de los microscopios y por fin, como si el organismo se hubiera declarado en estado de guerra, se arma de espada la cirugía para evitar males mayores. Ved detrás de ellas, dando gritos, de miedo de que su pequeñez sea descubierta, a la vieja terapéutica con un sin fin de cacharros, con raíces y hojas, ungüentos, ceratos, cocimientos y mixturas, dueña y señora durante siglos del llamado arte de curar.

Y esto que pudiera parecer digresión y algo abstracto y separado del tema que me habeis encomendado, es, o pretende ser el esqueleto del estado de la medicina que debe de un vez poner una inyección de morfina, y mortal, a la vieja y empírica terapéutica que aun vive en los pueblos de nuestro país y que aun no ha muerto en las poblaciones; pues en los primeros acredita al médico dando por el gusto a las gentes y en las segundas, a menudo justifica la visita cuando no ayuda al mercantilismo, planta desconocida hasta hace poco entre nosotros.

Y aunque me duela el decirlo, este señor vestido fúnebramente, con lengua barba, siempre, al parecer, preocupado, con alguna sonrisa forzada para las damas; siempre sentencioso; difuso en sus juicios, sin olvidar la salida para contestar a una pregunta apremiante; esmerándose en que sus modales parezcan siempre finos... ese señor es el médico de población.

Generalmente receta específicos; Si son raros, mejor.

Es indispensable que no sea lo que se llama hombre campechano: sería de mal gusto.

De este otro caballero se dice que es un hombre *asistido*. Tiene siempre buen humor, hace chistes; tiene que dar toda clase de explicaciones al casero lleno de aizías y odol kolpes; hace que ayuda en los partos y eso con un solo dedo; receta a diestro y siniestro papeletas contra las lombrices con poco provecho para el enfermo ni gran contento del farmacéutico.

Es el medico de pueblo. Si fuera serio y sentencioso, no estaría en su papel. Uno y otro son los antiguos terapeutas; a eso se le llamaba y todavía se le llama, gramática parda y uno y otro, aun hoy prosperan, aunque nada hagan en favor de la salubridad ni de la higiene del país.

Pero estos caminos no los tomaría nadie si no le fueran exigidos, al uno por la fastuosa manera de vivir de los ricos, al otro por el analfabetismo del cacique. La ciencia es lo de menos, y claro es que debe presidir todos nuestros actos el saber y no los convencionalismos sociales.

Dejemos al médico terapeuta de población que siga siendo el criado de los ricos. Dejemos también y compadezcamos al mercantil que abusa de una profesión, donde quizá como en ninguna otra sea fácil ganar dinero si se prescinde de la conciencia.

Hablemos del médico municipal. Los municipios vascos, ven en el médico un empleado municipal, ni más ni menos que un alguacil y así el doctor nada puede hacer en beneficio de su partido. Toda iniciativa que tuviera en favor de la salud pública, se estrellaría ante la imposibilidad de que el alcalde, cacique, ayuntamiento, da lo mismo, comprendieran la utilidad de la iniciativa. Toda mejora que quisiera llevar a la práctica tropezaría con los intereses de don Fulano, quien airado se volvería contra él y, de seguro se borraría de la lista de los igualados. Ahora mismo: dan las autoridades sanitarias al médico de pueblo la siguiente orden: «Proceda usted con todo cuidado a inspec-

cionar la escuela pues hay que luchar contra el piojo, vehículo del tifus exantemático». ¿Creeis que hay quien se atreva a separar un solo niño en un pueblo y que quedaría sin protestar la familia contra quien, cumpliendo así con su deber, la ha llamado públicamente piojosa?

Aun hay más: con absoluta falta de lógica y lo que es peor, con notoria desigualdad, tolera la sociedad el secreto absoluto del sacerdote, y ya comprenderéis que no lo digo en son de crítica, y el sacerdote es hombre independiente. Obliga y aplaude al abogado cuando miente (y cuanto más, mejor) defendiendo a su patrocinado. ¿Y almédico? No solo no debe mentir, pobre de él, ¡ni guardar secreto! sino que tiene la obligación de correr al juzgado y dar parte con pelos y señales de un hecho que él conoce con motivo del ejercicio de su profesión bajo pena de severa sanción. ¿No veis claro que un hombre que tiene que estar constantemente luchando con uno para favorecer a mil, debe ser independiente? ¿No es evidente que puesto en el lugar del médico, todos seríais egoístas y haríais lo que os conviniera particularmente?

Digo, señores, que la base principal de la Higiene y salubridad de nuestro país es la independización el *descacicamiento* de los servicios que el médico os presta, sin que haya de ser de tal o cual partido, de estas o de las otras creencias que halaguen al cacique. Como sabéis esto ha venido sucediendo en nuestro querido país.

Durante la epidemia de cólera del 85 hubo atacados en Irún; llegó la plaga hasta el barrio de Enderlasa distante seis kilómetros de Vera de Bidasoa. El alcalde dijo al médico: «mande usted que yo obedeceré y haré cumplir sus mandatos». Ordenó con energía y sin ningún género de consideraciones sociales, el alcalde impuso a raja tabla las medidas sanitarias al vecindario y así se consiguió que en el pueblo no se registrara ni una sola invasión. Permitidme que cite sus nombres. Era el médico el finado tolosarra doctor Eustasio Moco-roa, inolvidable titular de Vera, y era el alcalde... mi padre.

Pero no es así como se acostumbra a hacer higiene en los pueblos; no suele ser así como autoridades y médicos se entienden; no es tampoco lo que acostumbran a hacer los vecinos de los pueblos euzkeldunes, pues es raro el rico que al morir no deja mandas para obras cuya utilidad no discuto, pero cuya finalidad desde el punto de vista higiénico es totalmente negativa.

Raros son además los que nombran albaceas a los médicos o quieren que en sus juntas den un puesto al médico titular. Creo que debiéramos llamar la atención de los ricos vascos, para que en sus testamentos y donativos recordaran la importancia de asunto tan trascendental aunque fuera en detrimento de otras atenciones.

No terminaré de hablar del médico sin apuntar la importancia que tiene el que sepa nuestro idioma; más aún Navarra que Guipúzcoa (que es lo conocido por mí) ha abandonado la condición de preferencia del médico poseedor del euzkera. No hace falta ser un lince para ver y a primera vista la importancia que para la higiene y más aun para la medicina tiene el que el médico entienda y se le entienda a él. ¿No tenemos que predicar a menudo y no es nuestro despacho con frecuencia un confesionario? ¿Habéis visto algún sacerdote de los municipios nuestros que ignore el vascuence?

Veamos ahora cómo se lleva a la práctica la higiene rural. Es la encargada de velar por ella la Junta de Sanidad, que, digámoslo francamente, se reúne solo cuando en el pueblo ha tomado ya incremento el sarampión o la tos ferina para acordar invariablemente... el cierre de escuelas. A eso al menos, se reducía su actuación cuando fui médico titular. ¿Qué higiene se hace, entonces, en los municipios vascos? Ninguna. ¿Quien se preocupa de ese asunto? Nadie. ¿Qué iniciativas puede tener el médico en bien de la salud del vecindario? ¿A qué va a molestarle en dictar órdenes que no han de cumplirse y sólo sí, crearle una enemistad que ponga en peligro quizá el pan de sus hijos?

Claro que nominalmente existen cargos y juntas en todos

los pueblos; también hay, por ejemplo, un médico inspector de escuelas ¿qué inspección puede hacer, que no sea el girar una visita para salir del paso?

Eso sí: cuando una epidemia amenaza transponer los límites del término municipal, cogerá a este sin alcantarillado, sin higienizar su río; sin separación de establos y viviendas; con el depósito de aguas sucio desde años atrás; con aguas estancadas con los retretes completamente sucios... y cuando ese peligro existe, ya sabe lo que desde la orden ministerial y gubernamental ha de oír el médico: ¡¡tome usted enérgicas-medidas!! Y digo yo: ¿pero qué medidas? ¿hacer un alcantarillado en doce horas? ¿sanear pozos o ríos o cuadras o retretes en seis? Porque esas serían las medidas ¿pero cómo tomarlas en tan poco tiempo? A no ser las que a veces haciendo que se hace antisepsia, se toman para justificar el que están las medidas tomadas ya. Una pulverización a la entrada del pueblo, como la que sufrí al, entrar en un pueblo durante la última epidemia propinada por un peón caminero con un poco de ácido fénico ¿puede considerarse como algo serio?

¿Por qué no se tuvo en cuenta eso en tiempo de salud? ¡No había dinero en las arcas municipales!

¡No había dinero! ¿No le hay para mil menesteres menos importantes que la salud? ¿No se hacen empréstitos para otras cosas? Lo que hay es que los municipios (y así ocurre también en el individuo) sólo se acuerda de la salud cuando ven el peligro de perderla o la amenaza de muerte. Nunca mejor empleado, señores, el aforismo militar «si vis pacem para bellum» que en los asuntos que a la salud pública se refieren.

He aquí otra base capital de Higiene y Salubridad para los municipios, con la anterior de independizar al medico. Consignación en todos los presupuestos de una cantidad para el Saneamiento del pueblo.

Bien veo que estas dos cuestiones que apunto merecen mayor extensión y más detenido estudio; por eso mas parece programa que lección lo que voy diciendo.

Permitidme que someta a vuestra consideración otro punto muy importante para nosotros y además completamente vasco.

Es el absoluto abandono que hay en el país en punto a higiene infantil, o si lo queréis mejor de protección a la infancia y la vergonzosa plétora de nodrizas que padecemos. Podrían nuestros detractores llamarle el país de la sidra, del maiz y de la nodriza. Este es un producto que no solo se consume aquí sino que se, exporta en abundancia a todas partes. Ofendería vuestra cultura y vuestros sentimientos si tratara de detallar el acto inhumano que realiza una mujer abandonando a su hijo por un puñado de duros; ya dando a otro niño lo que no la pertenece o recibiendo por su comodidad la vida de su hijo que a menudo es simultánea de la muerte del pobrecillo abandonado. No me hace falta convenceros de lo antihigiénico de la lactancia mercenaria que expone a niño o mujer a una avariosis.

Lo antisocial de acostumar a una mujer pobre a comodidades que luego, a la vuelta echará de menos en su casa. La inmoralidad de dedicarse a esa profesión pues hay mujeres que por oficio son nodrizas y en la profesión gozan de fama de especialistas las vascongadas.

Ya sé que hay leyes dictadas por Madrid, en ese lío que se llama Legislación Sanitaria, poniendo cortapisas para que la mujer no venda su leche, es decir, la de su niño a no ser demostrando las buenas condiciones en que lo deja. ¿En qué condiciones va a quedar al cuidado de la abuela en el caserío? ¿Qué ejemplares de raza habrá si en vez de mamar, se alimentan durante el período de la lactancia con pan mojado en vino o en aguardiente? La lactancia mercenaria es considerada como indispensable, cuando la mayoría de las veces es comodidad su empleo y yo, aunque os parezca atrevido el concepto, veo en su abuso una especie de prostitución, al menos si no están perfectamente pesadas y medidas las razones que a ella obliguen las circunstancias y bien al abrigo de un mal régimen el niño que queda sin su madre. Así también llamo la atención de todos los médicos para que consideren la transcendencia de este proble-

ma y se abstengan de recetar nodrizas con la misma facilidad que el aceite de ricino.

Más problemas tenemos en el país, pero ni quiero molestaros más ni acaso su solución sea tan fácil (sin que la crea del todo sencilla) como la de los apuntados.

He aquí el resumen a modo de conclusiones: Independiente el médico vasco del yugo caciquil y con algún dinero en el presupuesto municipal, podría lenta y sistemáticamente proponer mejoras para tener al pueblo preparado contra una invasión repentina, ahorrándose el justificar las medidas que en un momento no puede tomar, si no son, como las del pulverizador del peón caminero. Así el pueblo saneado paulatinamente daría la sensación bien pronto de pueblo limpio, como lo da el hombre que a menudo se baña y no ta que se tiene del que solo se lava cuando se pone el traje del domingo.

Claro que el medico no obraría por sí y ante sí: todas sus iniciativas, así como las diferencias que entre médicos y autoridades pudieran sobrevenir serían resueltas por juntas mixtas de Colegios Médicos y Diputados, por ejemplo, u otras análogas.

Pero en cuestiones sanitarias el único que debe ordenar es el medico ¡sólo el médico! ¡sólo la Ciencia!

En conferencias, folletos, periódicos, Centros de enseñanza etc., debíamos marcar a las gentes nuevas orientaciones 'medicas, ridiculizando supercherías, remedios absurdos, procurando desterrar el curanderismo, tan arraigado entre los euzkeldunes, incluyendo en los programas de nuestras fiestas, importantes premios a municipios y particulares que mejor observen los preceptos de la higiene.. Grandes coadyuvadores en esta campaña serían el farmacéutico, el maestro y el sacerdote. Ocasiones a porrillo tiene el primero para ayudarnos. Tema inagotable es para el segundo inculcar al niño el arte de ser sano y sitio el mas adecuado la escuela para llenarla de cartelones con sentencias de la diosa Higia. En cuanto al último, apenas tiene problemas en que no juegue el cuerpo importantísimo papel para salvar el alma. ¡Que cuarto mandamiento, por ejemplo, tan pintiparado

para aconsejar a ricos y pobres, cada cual en su aspecto, extirpar de aquí a la nodriza!

Y termino: he apuntado lo que a mi ver debe el municipio vasco considerar como piedras para el cimiento de su edificio sanitario. No he querido tocar la no muy larga lista de las enfermedades endémicas que padece; más con una organización sanitaria hecha paulatinamente, recibirían sin duda rudo golpe las dos quizás que más nos preocupan: la tuberculosis y la fiebre tifoidea.

Si nos dais medios para empezar esta labor, que en los pueblos sobre todo apenas está comenzada, nosotros, siempre laboraremos con ahinco. Dadnos medios para desarrollar nuestra actividad; no nos hagáis siervos; gastad en salud parte de vuestro dinero y no olvidéis, señores, que cuanto hagáis en favor del médico, es en vuestro propio provecho.

¡Municipios vascos! Nada es en el mundo, como la salud, artículo de primera necesidad! Pero acordaos del aforismo: «si vis pacem para bellum».

Y así como el bacilo de Koch no tiene terreno apropiado en el vigoroso, que es el que obedece a la higiene, el microbio de la peste no anida en pueblos ordinariamente limpios que son los que de ella se preocupan. Podéis si saneais vuestros municipios, poner a su entrada un cartel: «Prohibida la entrada a las epidemias». En vuestras manos está el pincel si queréis pintar el cartelito.